

LIX.

“Dichas estas palabras, se levanta,  
Toma su luz y marcha con presteza.  
Jamás sentí, señores, pena tanta  
Como al turbar la paz en la belleza.  
Mas así la Justicia sacrosanta  
Dió justa punición á mi tibieza,  
Disponiendo un castigo pronto y lleno  
En la pasión que adormecí en mi seno

LX.

“Claro, el pastor cristiano estaba ausente:  
Del castillo sacar fuera inhumano  
A Senégax no bien convaleciente;  
Cruel separar la hija del anciano.  
Así me fué preciso, aunque imprudente,  
Guardar el enemigo á mí cercano,  
Y esponerme á su ataque repetido  
A mis débiles fuerzas reducido.

LXI.

“En vano mis visitas retardaba,  
Y del encuentro de Velleda huía:  
En todas partes, sin querer, la hallaba.  
Mi corazón, es cierto, no sentía  
Verdadera pasión; pero bastaba  
Que á sus gracias la jóven añadía  
Los inflamados ayes y suspiros  
Que forman del amor los fuertes tiros.

LXII.

“No lejos del castillo se elevára,  
En un bosque del Druida venerado,  
Una encina que el hierro despojára  
De su corteza: símbolo sagrado  
En que Erminsul el bárbaro adorára.  
Colgadas de otros árboles al lado  
Se veían las ramas del guerrero  
Cuyo ruido instruía al agorero.

LXIII.

“Yo iba á visitar frecuentemente!  
Este sacro lugar que recordaba  
La raza de los Celtas eminente.  
Allí solo una tarde contemplaba:  
El Aquilon mugía fuertemente;  
De las gruesas encinas arrancaba  
La hiedra y musgo seco: de improviso  
A Velleda, volviéndome, divisó.

LXIV.

“Tú huyes de mí, me dice, y cuidadoso  
“Buscas siempre el lugar más retirado.  
“Mas en balde: ¿no ves cuán poderoso  
“El viento echa á tus piés el musgo ajado?  
“A Velleda te trae así amoroso.  
“Cruel! yo ardo en amor, y no me es dado  
“Hacer que sientas tú mi ardiente llama!  
“Mas mi alma seanagena en decir que ama.”

LXV.

“El viento movió entonces la floresta,  
Y las armas formaron un ruido.  
Velleda se detiene, el oído apresta,  
Y mirando al trofeo suspendido:  
“Alguna cosa lúgubre y funesta  
Los escudos me dicen: ¿no has oído?”  
Un instante se queda pensativa,  
Y despues continuó mas espresiva:

LXVI.

“Tú callas, y tu boca silenciosa  
“Indica que tu seno no arde en fuego.  
“Tu corazon.... ¡ah!.... sí.... alguna cosa....”  
Otra vez se interrumpe, piensa, y luego,  
Cual si fuese inspirada, misteriosa:  
“He aquí, prorrumpió, de tu sosiego  
“La causa: de tu amor me hallas indigna,  
“Por que no te he ofrecido cosa digna.”

LXVII.

“Acercándose entonces como amente,  
Posa en mi corazon su blanca mano:  
“Si eres, dice, al amor indiferente,  
“No lo serás á un cetro soberano.  
“¿Lo quieres? Habla, dílo prontamente.  
“Una Hada lo propuso á Diocleciano; (14)  
“Yo soy Hada y amante al tiempo mismo,  
“Y mi poder se estiende hasta el abismo.

LXVIII.

“Yo armaré mis soldados aguerridos,  
“Y marcharé al combate la primera.  
“Al cielo obligaré con mis gemidos.  
“Mas si una infausta suerte se opusiera,  
“¿No hay antros en las Galias escondidos  
“Donde como otra Epónina (15) escondiera  
“Mi caro esposo? ¡Ay infortunada!  
“Yo hablo de esposo, y nunca seré amada.....”

LXIX.

“Apenas la doncella tuvo aliento  
Tan tiernas expresiones pronunciando  
Con lastimera voz y triste acento.  
Su mano de mi seno retirando,  
Que sintió largo espacio su ardimiento,  
Inclinó la cabeza, y sollozando  
Quiso apagar su fuego entre torrentes  
De suspiros y lágrimas ardientes.

LXX.

“Esta escena patética é imprevista  
Mi constancia alteró de tal manera  
Que á otro ataque recelo no resistía.  
El peligro eminente resolviera  
Prevenir, alejando de mi vista  
A la jóven: su padre ya estuviera  
Algun tanto del mal restablecido,  
Y enviarle á su casa me decido.

LXXI.

“El amor paternal forzó á Velleda  
A seguir al anciano: así creía  
Apagar un amor que su ley veda.  
En vano: yo la ví al siguiente dia  
Delante del castillo, en la arboleda,  
Acechando si acaso yo salia;  
De suerte que me hallé necesitado,  
Por huirla, á vivir siempre encerrado.

LXXII.

“Así pasó algun tiempo: al fin hallando  
Ser todo su trabajo infructuoso,  
Sus pesquisas inútiles dejando,  
Yo salí de mi encierro fastidioso.  
Mas la primera tarde, espaciando  
Mi espíritu en el campo, presuroso  
Viene un cabo á decirme que á la playa  
Una flota remando se atalaya.

LXXIII.

“Corre al fuerte que el tiempo estaba oscuro  
Y el Franco las borrascas escogia  
Para saltar en tierra mas seguro.  
La guardia hago doblar, poner vigia  
Y custodia exterior en torno al muro.  
En estas maniobras pasó el dia;  
Viene la noche, y la zozobra aumenta  
La tempestad que rompe violenta.

LXXIV.

“En un pequeño cabo que formaba  
La costa que batia el mar airado,  
Un grupo de peñascos se elevaba  
De destino y origen ignorado.  
Mas nunca á estos parages se acercaba  
El Galo sin sentirse penetrado  
De profundo terror, y se decia  
Que la voz del fantasma allí se oia.

LXXV.

“La soledad del sitio y el supuesto  
Rumor que entre los bárbaros corriera,  
Me lo hicieron juzgar el mas expuesto  
Al ataque del Franco, y resolviera  
Velar toda la noche en este puesto.  
Al cuidado en que estoy, aumento diera  
La ausencia de Velleda, pues sabia  
El poder que en los Galos ejercia.

LXXVI.

“De diversas ideas ajitado,  
Contemplaba la mar tempestuosa,  
Un poco de la guardia retirado.  
La noche estaba oscura y borrascosa.  
De repente oigo un ruido hácia mi lado  
Y en las sombras vislumbro alguna cosa:  
Echo mano á la espada y voy corriendo  
Tras el fantasma que de mí va huyendo.

LXXVII.

“Pero ¡cuál es mi pasmo y mi sorpresa,  
Cuando de allí á unos pasos alcanzada,  
Reconozco á la jóven Druidesa!  
“Tú sabias, me dice confiada,  
“Que estaba aquí Velleda, sí, confiesa:  
“Yo te he atraído aquí, porque no hay nada  
“Que pueda resistirse á quien adora;  
“Sígueme, y verás lo que hago ahora.”

LXXVIII.

“Entonces de la mano me llevára  
Al peñasco mas alto é inaccesible,  
A cuyo pié las olas estrellára,  
El espumoso mar con ruido horrible,  
El viento en remolino las lanzára.  
Su aspecto parecia mas terrible  
Con la luna que rompe de soslayo  
La parda nube con incierto rayo.

LXXIX.

“Escucha bien, Velleda me dijera:  
“Un pueblo en esta costa hay ignorado  
“Que vas á conocer por vez primera.  
“Apenas media noche haya llegado,  
“Oirán una voz, y á la ribera  
“Vendrán aprisa de diverso lado;  
“Varios bateles hallarán cubiertos,  
“Cargados con las almas de los muertos.”

LXXX.

“Ellos los llevarán á la lejana  
“Isla de los Bretones, dirigidos  
“De aquella misma voz sobrehumana  
“Que herirá dulcemente sus oídos,  
“Sin que puedan saber de quien dimana.  
“Ella nombra las almas y maridos  
“Al entrar en la isla por un río:  
“¡Dí, cruel, si podrá nombrarse el mio!”

LXXXI.

“Yo quise refutar estos dislates,  
Mas ella prosiguió: “Escucha atento;  
“Cuando esté en la morada de Teutates,  
“Tú podrás escribirme; este contento  
“No me debes negar: en los combates  
“Encontrando algun héroe fin sangriento,  
“Tu carta arrojarás sobre su hoguerra, (16)  
“Y á mis manos vendrá de esta manera.”

LXXXII.

“Una fuerte oleada á este momento  
En la roca se estrellá con gran ruido,  
Conmoviendo hasta el mismo fundamento;  
El huracan revienta enfurecido;  
Las nubes son deshechas por el viento;  
La ave de los escollos da un silbido:  
Velleda se estremece, alza los brazos:  
¡Adios grita, me esperan, no hay mas plazos!”

LXXXIII.

“Y luego iba á lanzarse de la roca;  
Pero yo la detuve.... ¡ó gran Prelado!  
¡Cómo tal confesion hará mi boca!  
Del combate anterior debilitado,  
Tanto esceso de amor mi razon toca.  
Dudo, tiemblo, suspiro, arrebatado  
Al fin de tal pasion en beldad tanta,  
Me prosterno rendido ante su planta.

LXXXIV.

“El infierno celebra este himeneo,  
Y el espíritu impuro se envanece  
Por haber conseguido tal trofeo.  
El ángel protector desaparece.  
Yo me encuentro confuso, solo, y reo.  
¡O cuánto su memoria me estremece!  
¡Qué de males siguieron á porfia  
A un instante de efimera alegría!

LXXXV.

“La hija de Senégax consintiera  
En vivir, ó mas bien ya no encontraba  
La fuerza de morir. Ella creyera,  
Cuando fierna en sus brazos me estrechaba  
Que una ilusion ó sombra Eudoro fuera.  
En sus dudas la frente me palpaba,  
Mi nombre de su boca no caía,  
Y mas loca que amante parecia.

LXXXVI.

“Sollozando á la vez y sonriendo  
La mas triste y contenta criatura,  
El alba vino luego amaneciendo,  
A darme con su luz nueva amargura.  
Mi vista á todas partes dirigiendo,  
Acusarme creia la natura.  
No habiendo parecido el enemigo,  
Al castillo volví y ella conmigo.

LXXXVII.

“Por dos veces la noche con su manto  
Cubrió nuestro rubor, tantas el dia  
Trajo nuevo pesar con nuevo espanto.  
Al tercero Velleda ya queria  
Ir á enjugar lágrimas y llanto  
Que en el padre su ausencia causaria.  
Ella montó en un carro, y presurosa  
En busca de Senégax va amorosa.

LXXXVIII.

“Mas no bien á mis ojos se ha ocultado,  
En un monte de encinas, cuando luego  
Distingo por el bosque á todo lado  
Levantarse columnas de humo y fuego.  
Entonces un Centurio apresurado  
Viene á avisar que en gran desasosiego  
Están todos los Galos, y se oía  
El grito que la alarma difundia.

LXXXIX.

“Juzgando al pronto que los Francos fieros  
Invadian los sitios comarcanos,  
Al instante salí con mis guerreros.  
Mas luego ví una tropa de paisanos  
Con armas, y correr otros lijeros.  
Marchando al frente yo de los Romanos,  
A un tiro de ballesta los detengo,  
Y avanzando á los Galos les arengo:

XC.

“¿Qué razon, les pregunto, os ha movido  
“A juntaros las armas en las manos?  
“¿Los Francos por ventura han descendido  
“A desolar la Armórica inhumanos?  
“¿Qué rumor en vosotros se ha esparcido?  
“¿En auxilio venís de los Romanos?  
“U olvidando del César los favores,  
“¿Quereis probar de nuevo sus furoros?”

XCI.

“De sus filas se avanza aquel instante  
Con marcha y paso trémulo un anciano,  
Al peso de sus armas vacilante,  
Blandiendo un hierro inútil en su mano.  
¡O pasmo! ó confusion! en el semblante  
A Senégax conozco, y mas cercano,  
Distingo aquellas armas suspendidas  
Que viera en la floresta de los Druidas.

XCII.

“¡O guerreros! esclama: por testigo  
“Os pongo aquestas armas que he llevado  
“En mi jóven edad siempre conmigo,  
“Y del tronco Erminsul he descolgado.  
“Ahí teneis al pérfido enemigo  
“Que la Virgen de Sáina ha profanado,  
“Mancillando su honor con torpe labio:  
“Vengad de nuestros dioses el agravio.”

XCIII.

“Dice, y su débil mano el dardo lanza  
Que sin fuerza á mis piés cae abatido.  
Luego el Galo da el grito de venganza,  
Y viene á acometerme enfurecido;  
El Romano en mi auxilio se abalanza,  
Y sin oír mi voz, enardecido  
Se arroja sobre el Galo infortunado,  
Y un combate se traba ensangrentado.

XCIV.

“En vano mitigar su ardor pretendo:  
La sangre que ya corre, la ira agrava.  
Al anciano Senégax solo atiendo  
Que un grupo de guerreros rodeaba.  
De sus manos salvarle consiguiendo,  
Por darle pronto asilo, le llevaba  
A ocultarle en el cóncavo de un roble,  
Cuando pasa su pecho dardo innoble.”

XCIV.

“Un carro rutilante á este momento  
Al extremo se ve de la llapura  
Que hiende por el campo turbulento.  
Una muger furiosa bate, apura  
Los corceles ligeros como el viento.  
Velleda supo luego con premura  
Que su padre los Galos reunia  
Por vengar el ultraje que creia.”

XCVI.

“Entonces la Vestal considerando  
La extension de su culpa y desacierto,  
Tras las huellas de aquel viene volando  
Para evitar el mal que mira cierto.  
El campo de batalla atravesando,  
Llega donde lloraba el padre muerto.  
Herida de dolor, pára su curso,  
Y del carro dirige este discurso.”

XCVII.

“Envainad, Galos fuertes, vuestra espada;  
“No derrameis la sangre inútilmente  
“Por la Virgen de Sáina desgraciada.  
“El Capitan romano es inocente;  
“Vuestra Virgen no ha sido violada;  
“Ella rompió sus votos libremente.  
“Ojalá que mi muerte sola pueda  
“Dar la paz á la patria de Velleda!”

XCVIII

“Entonces arrancando de su frente  
La sagrada corona de verbena,  
Símbolo de Vestal, ligeramente,  
Mientras raro estupor á todos llena,  
Toma la hoz de oro refulgente,  
Y con ledo ademan y faz serena,  
Cual si fuese á inmolar víctima santa,  
Aplica el instrumento á su garganta.”

XCIX.

“Como una segadora que, acabado  
Su trabajo, se acuesta fatigada  
Sobre el monton de mieses que ha segado,  
Así cayó Velleda infortunada.  
Su cuello se reclina ensangrentado,  
De su mano se escapa la hoz sagrada,  
Su lengua balbuciente á Eudoro nombra,  
Mas ya sus ojos cubre eterna sombra.”

